



# EL ECO DE CARTAGENA

ANO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11888

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula — Un mes, 2 ptas — Tres meses, 6 id — Extraño — Tres meses, 11'25 id — La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. — La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 17 DE AGOSTO DE 1901

CONDICIONES

El pago se hará por adelantado y en metálico ó en billetes de fácil cobro. — Corresponsales en París, A. Lorette rue Oudinot 61 y J. L. L. rue de Valenciennes 108 (B. 11877)

## GRAN FABRICA DE LUNAS

y depósito de cristales.

molinos, marcos y cristales

## JUAN SOLER E HIJO

Plaza de los Tres Reyes, 2. — CARTAGENA.

Lunas en blanco de espejo biseladas y grabadas al ácido. — Vidrieras artísticas para iglesias y salones. — Baldosas cristal para pisos. — Baldosillas para claraboyas. — Lunas de segunda platinadas. — Vidrios sencillos dobles, de color, muselinas, esmeriladas, molidas, &c. &c.

PRECIOS REDUCIDOS

PIDANSE TARIFAS

Se platan lunas deterioradas.

## Consecuencias

La desesperación de verse fracasado, que no le da esperanza de obtener mejor fruto siguiendo distinto camino, ha impulsado á Kitchener á echar por el de la violencia más exagerada, dictando para ello un bando indefendible.

Los transvalenses han sido vencidos; la Gran Bretaña se ha posesionado del país y solo alguna que otra partida de merodeadores la inquieta en su pacífica posesión. Esto dice el bando.

Es verdad que ni el jefe civil del estado enemigo, ni los que mandan el ejército contrario han concurrido al ajuste del tratado de paz que pone fin á toda guerra; lejos de eso, el primero dice á cada instante que los suyos lucharán hasta el fin y los segundos han rechazado siempre la paz que los ingleses les brindaban.

Kitchener ha olvidado que su dominio sobre el Oranje y el Trans-

vaal se funda en el derecho de conquistista, no reconocido hasta ahora por los que aun se consideran dueños del país conquistado; y desafiando la lógica y la razón que regulan las acciones humanas, desconoce el derecho que asiste á los boers para seguir defendiendo lo suyo.

Los jefes que dirigen la campaña son los mismos que la dirijan, Botha, Delarey, Dewet. La manera de nutrirse el ejército transvalense no ha variado, es la misma de siempre; lo que ha variado es el sistema, el procedimiento de defensas y ataque. Sin embargo, esos jefes y ese ejército que Inglaterra tuvo por beligerantes, no lo son hoy para Kitchener, el cual fulmina contra ellos una sentencia de pena capital que ha levantado clamor de unánima protesta entre todos los que están en el secreto de lo que es y significa esa decisión bárbara de lord Kitchener.

La Gran Bretaña tienta el postrer esfuerzo para acabar la guerra. Lo que creyó baseo militar le

ha resultado una sangría suelta de sangre y de dinero y necesita cortar la cuanto antes. El prestigio de sus prestigiosos generales se ha estrellado contra las virtudes de unos ignorados campesinos mandados por unos ignorados generales. Buller, Robert, Kitchener, que antes de la guerra gozaban fama de invencibles, porque en el Egipto, la India ó en otra cualquiera colonia habían tenido de cara á la fortuna, no son mas que generales fracasados, como lo sera seguramente Lydeston cuando le llegue el turno de recoger el mando. En cambio Botha, Dewet y Delarey se han hecho populares en todas las naciones. No hay país extraño á esa guerra injusta y cruel que en Africa se hace, que no haga objeto de sus simpatías á esos tres héroes que parecen mas que seres humanos, fantasmas de leyendas apareciendo en los momentos oportunos para ocultarse después sin dejar huella.

Contra esos hombres que el mundo entero admira, ha dictado su terrible proclama Kitchener. No ha podido pulverizarlos en el campo de batalla y trata de deshacerse de ellos por los medios que las sociedades acostumbran á descartarse de los criminales.

El propósito es altamente brutal y acusa un estado terrible de conciencia. Por eso ha sido acogido con universales protestas y no ya Francia cuya opinión pudiera considerarse interesada, sino Alemania, Austria y los Estados Unidos, han dicho verdaderos horrores del bando del general inglés.

Con ese documento que no tiene precedente en los tiempos modernos, se abofetea la civilización, se niega el derecho de defensa y se pisotea el derecho de gentes. A ese estado de demencia han llegado á partir los caudillos ingleses al cabo de dos años de guerra, que no son sino el prólogo de larga contienda en la cual pudiera acontecer que

quedare arruinado el prestigio de los generales.

## TIJERETAZOS

Dice «La Opinión», refiriéndose á esas cosas que pasan en Palma de Mallorca, por virtud de las que se encuentran punto menor que en la calle y sin una peseta, dos señoras que antes eran ricas:

«Crispa los nervios más insostenibles, el relato que nuestro querido colega «El Liberal» hace en un artículo de ayer comentando las iniquidades cometidas en Palma de Mallorca por las aves de rapaña de la curia.»

Esas crispaciones son púbes de verano. ¡Cree el colega que si persistieran proferirían esas iniquidades!

Lo que hace falta es que esas cosas se tomen en serio y se les preste atención desde el principio al fin.

Pero viene el cansancio, los nervios se aquiescen y pasa entonces todo lo pasado.

A ese asunto de Palma de Mallorca le hace falta una guardia permanente de un par de periódicos.

Redundándose para evitar cansancio.

La Cámara de Comercio de Barcelona tiene una receta para resolver el problema de los cambios.

Añá va lo primero que se necesita para llegar á eso: ¡Mód!

1.º Con objeto de fomentar la exportación de minerales en bruto, mediante la aplicación de un derecho de exportación á los minerales en bruto, que podrá ser de un diez por ciento.

Yo no sé cómo se la gobiernan estos catalanes, que siempre encuentran el modo de arreglar las cosas á su pérdida para sus intereses.

Vamos á ver qué harían las provincias mineras con los hierros y los manganesos si prepararan esas soluciones de la Cámara de Barcelona?

Como no se los comen, ¿no?

Y eso es imposible.

Conque venga otra solución, porque á eso que se propone se le ve la oreja.

Leemos:

«Es tan numerosa la cifra de oficiales de la escala de reserva que solicitan asistir á las conferencias, que es imposible que

que llegas á ochocientos.»

Vamos á ver lo que pasarán en la ciudad del Cid cuando digan de golpe sobre ella cuatrocientas familias.

El dialogo de lías y diligentes.

Pero eso ya lo arreglaré el ministro de Tenerife, que parece hombre práctico, con soluciones para todo, bilicitivas y demás.

Dice un colega:

Los cocheteros de gran número de buques mercantes vinerícolas, han abandonado sus hornillos por no haber accedido á sus peticiones las compañías de navegación de que aquellos dependen.

Eso de las huelgas va plandeo en historia.

Cualquier día se declara en huelga la corteza terrestre y nos mata de hambre.

Par supuesto que uno de las huelgas es la carbina de Ambede.

Pléncenlo ustedes de punto y vista que siendo cada día más difícil de una progresión, cuando todos los países empiezan á aumentar por la huelga de la salinero se encuentran como al principio.

Y volverán á helgar.

## El problema de los cambios

Para resolver este problema, la Cámara de Comercio de Barcelona tiene solicitada lo siguiente:

1.º Con objeto de fomentar la cifra de nuestra exportación, se fomentará el desarrollo de las industrias metalúrgicas, mediante la aplicación de un derecho de exportación á los minerales en bruto, que podrá llegar á 10 por 100.

2.º Asimismo se emprenden las obras públicas necesarias para el aumento del cultivo de cereales y producción de carbones, hasta evitar la necesidad de importar ambos productos.

3.º Se auxilia por el Estado la creación de un Banco nacional de exportación; se subvencionarán nuevas líneas de navegación y se celebrarán convenios comerciales con los países que producen mercancías de exportación y se creará la sociedad central de Barcelona y Vigo.

VIDA RUSTICA

104

—Buenas tardes, Rzepowa.

La campesina levantóse, é hizo una profunda reverencia, mientras las lágrimas, que no pudo contener, caían por sus mejillas.

—¿Qué tienes? —le preguntó la señorita.

—¡Señoras mías! ¡mi queja, señoritas!... ¡Qué triste vida el buen Dios quien se ha equivocado. Con vuestra intercesión, me salvaré.

La Rzepowa relató de nuevo todas sus penas, basando las magos á la pobreza, á por mejor decir, los quejas que le manchaba con sus lágrimas. La noble señorita, que se movió en su silla, las escuchaba con la perplejidad; al acabar qué hacer, hasta que después de estar indecisa unos minutos, respondió:

—¿Qué quieres que pueda hacer, buena mujer! Estoy profundamente compungida ante vuestras penas. Verdaderamente... no cabeis que desee... id á ver á papá... ¿Quién es el papa... Conservaos buena, querida.

—¡Dios es bondadoso! —exclamó la aldeana, mientras con las manos se cubría el rostro.

La señorita Jadwiga le había puesto triste, y hasta que vio que no podía dejar brillar una lágrima en sus pestañas. Para abyentiar la tristeza, empezó entonces á hablar de los pececitos que había de la literatura polaca; así es que aquella, poco á po-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

co, animándose con la discusión, acabó por completo el ingrato incidente.

—¿Al palacio? —se decía entretanto la mujer de Rzepowa. —Hubiera ya debido ir. ¡Qué tonta soy!

La terraza del palacio de los señores estaba sembrada por las hojas de un árbol trepadora. Café sobre el gran patio y sobre el amplio balcón florecían por ambas partes. En ella, los señores tenían la costumbre de tomar café después de comer, y en aquel momento allí se hallaban en compañía del canónigo Ulanowski, del vicario Orlak, y del inspector Scobiel. El señor Skorabinski, corpulento, escuchando de vuestro y previsto de un enorme bigote, estaba sentado en un sillón y fumaba pipa.

La camarera estaba sirviendo el café, mientras el revisor, que era un escéptico, hallaba gusto en bromear con el viejo banquero.

—Contadnos, pues, señor canónigo, la gran batalla —decía el inspector.

—Eh... preguntó el canónigo, poniendo la mano como un ala detrás de la oreja.

VIDA RUSTICA

105

rraza, cuando fué interrumpida de improviso por una voz dolorida que desde fuera decía:

—¡Alabado sea el Señor!

El señor Skorabinski se levantó en seguida, salió de la terraza, y preguntó:

—¿Quién hay?

—Soy yo, la Rzepowa.

—¿Qué queréis?

La Rzepowa hizo una reverencia, la que profunda que le permitía el peso de su hijoque llevaba en brazos, y que ella y sus hijos se habían alzado.

—Pedinos, agnada, ¡nuestro señor!... ¡Dios es un buen consejero...!

—Pero, majuelo, ¿qué quieres que haga yo los domingos? —la interrumpió el señor Skorabinski como si los demás días de la semana hubieran estado á la disposición de aquella mujer. —Respondéme que tengo que hacer, ¿no puedo hacerlos solo por vos?

—Aguardaré, si tenéis tiempo, ¿no es verdad?

—¡Aguardad, agnada! —exclamó, haciendo gesto de como si estuviera hablando con un niño. — ¡Dejadme ir, agnada, ¡dejadme ir! —mientras la pobre mujer, sacando la llave del dintel de la puerta del jardín, donde se detuvo humillada.

